

ARTICULO XXVI.

BACON.

Francisco Bacon, baron de Verulamio, hijo del guardasellos de la reina Isabel, suele ser llamado el padre de la filosofía moderna, siendo más bien el pedagogo del materialismo moderno. Ni tampoco era un maestro; era un ayo: no enseña más que á aprender: él no regenta el áula, pero nos lleva á la escuela. Su nombre en la filosofía moderna se parece á una de esas piedras miliarias que en medio de un campo cubierto de nieve se alzan mudas y estériles sirviendo de guia á los peregrinos de la vida que se arrastran ansiosos hácia la region del espíritu.

Jóven aún, fué á Paris agregado á una embajada. Despues fué nombrado miembro del Parlamento por el condado de Middlesex. Bajo el reinado de Jacobo I obtuvo destinos honoríficos y lucrativos, hasta llegar al grado de gran canceller de Inglaterra. Acusado de corrupcion y venalidad ante el Parlamento, se reconoció culpable desde luego, por evitar debates que podrian comprometer—«á personas muy elevadas,»—y así decia despues Bacon:—«Que no eran

los mayores culpables sobre quienes habian caido las ruinas de Silo.»—Fué condenado á la multa de cuarenta mil libras esterlinas, privado de su empleo y de sus dignidades, y encerrado en la torre de Lóndres.

Esta desgracia, suavizada por la benignidad del monarca, lo redujo á la vida privada, en la cual, perdiendo la afición á los negocios, se aumentó su pasion por el estudio. Algunas particularidades de la vida de Bacon, tales como un pleito innecesario que puso á su bienhechor el conde de Essex, autorizan á creer que ni su carácter particular era edificante, ni su moralidad pública digna de ser puesta por ejemplo. La posteridad, sin embargo, ha olvidado los desórdenes de su vida, en lo cual creo que ha hecho muy bien, pues no sé qué principio de equidad puede autorizar el que perpétuamente estemos leyendo los artículos del Código penal á los grandes hombres que hayan tenido la debilidad de infringirlos, cuando todos los dias estamos sacando del presidio de la historia á mil tunantes vulgares. ¿Dónde estaban los productos de la venalidad de Bacon, que en los últimos dias de su vida tuvo que apelar á la generosidad del rey, como amargamente cuenta él mismo,—«para no verse precisado á pedir una limosna?»

Además, como los escritos de un autor, á pesar de él mismo, son la reverbacion de la sagrada llama que lo enardece interiormente, estoy persuadido que Bacon adolecia más de debilidad de carácter que de perversidad de alma. A juzgar por sus escritos, ¿qué razon pudo tener M. Maistre, ese inquisidor literario, para calificar de ateo, inmoral, impío y padre de todos los errores, á un hombre tan circunspecto en política, y tan cuerdo en la moral, y al cual somos deudores de máximas como la presente:—«Un poco de filosofía natural, hace inclinar los hombres hácia el ateísmo: un conocimiento más profundo de esta ciencia, los vuelve á la religion?»

Desde la edad de veinte años, y hallándose de escolar

en la Universidad de Cambridge, ya empezó Bacon á escribir contra Aristóteles, teniéndolo con justa razon por el padre de la filosofía escolástica, de ese inmenso pecado de ociosidad. La animosidad que siempre manifestó contra Aristóteles, nació del deseo de suplantarle en la opinion, creyéndose con fuerzas para ser su rival; proyecto difícil de conseguir, si bien entre ambas naturalezas hay todos los puntos de identidad que son posibles entre la vivacidad de un génio griego y la pesadez de un sapientudo breton. El gran defecto de los escolásticos consistió en el uso inmoderado que hicieron de la razon, y por consiguiente del método *deductivo*: Bacon, aplicando sin duda á lo que luego veremos que llama su *globo intelectual*, el refran tan vulgar de que—«por todas partes se vá á Roma,»—dió un rodeo con todo el mal humor de un plagiaro avergonzado de serlo, y abandonando el camino de la síntesis, se arrastró lento, tímido y orgulloso en medio de su cobardía, por la carretera del análisis, y sustituyendo á la hipótesis y al silogismo la observacion y la experiencia, restableció el método *inductivo*.

Y entrando más en materia, ¿qué se le debe á Bacon en el campo de la filosofía? Muy poco: el haber indicado la division de las ciencias. ¿Y en el campo de la lógica? Casi nada: la tentativa de perfeccionar los métodos para la averiguacion de la verdad. ¿Ha sido Bacon original en algo? Absolutamente en nada. En la perfeccion de los métodos le precedió Luis Vives; en la adopcion del método inductivo lo hicieron muchos antes que él, y particularmente Aristóteles; la division de las ciencias se la debe al *examen de ingénios* de Juan Huarte. Bacon es el Américo Vespucio de estas Indias Occidentales; la no siempre justa posteridad ha dado su nombre á países descubiertos por otros Colonos. ¿Y en qué consiste este bautismo de gloria echado sobre las sienas de Bacon, en detrimento de otros hermanos mayores, más ilustres, y que el que menos habia nacido y

conquistado por la naturaleza y por su mérito, medio siglo antes, los títulos de su ilustre primogenitura? Esta usurpacion consiste en los elogios que de Bacon hicieron los enciclopedistas franceses. La division de las ciencias, un poco modificada, que D'Alembert puso en el discurso preliminar de la *Enciclopedia*, haciendo de esta noble familia un árbol genealógico perjeñado con harta paciencia y sobrada regularidad, dió á Bacon una celebridad que impone por su grandeza y que irrita por su injusticia. La lengua de Voltaire es la turquesa de la inmortalidad. Las sombras de los muertos que tienen la suerte de reflejarse en las aguas del Sena, resucitan y adquieren en este mundo la vida eterna.

Y la famosa division de las ciencias de Bacon consiste en bien poca cosa. Se funda en la diferencia de las facultades que el espíritu aplica á los objetos. Refiere todas las producciones de la mente á la memoria, la imaginacion y la razon: corresponde á la primera la historia; á la segunda la poesia, y á la tercera la ciencia. Esto es lo que él magníficamente llama «una descripcion del globo intelectual.» Esta descripeion es más bien política que topográfica; se funda más en el capricho que en la naturaleza. El dia que un tiranuelo cualquiera, sea huno ó visigodo, haga una irrupcion por esos reinos, en vez de llamar á las capitales *memoria, imaginacion y razon*, las denominará *voluntad, sentimiento y percepcion*, por ejemplo, y trazando nuevas circunscripciones al globo intelectual, no quedará de la division científica de Bacon más que un conjunto monstruoso de limites equívocos y de fronteras tan arbitrarias como la línea Alejandríña.

Quando Bacon publicó su *Novum organum*, el único motivo que le arrastró á poner este título á su obra, fué, como ya he indicado, el arrogante empeño de rivalizar con Aristóteles: opuso lo que él creia una nueva lógica á la lógica aristotélica; un nuevo *organum* al *organum* antiguo. ¿Consiguió su objeto? No. Bacon, en vez de escribir una

lógica, redactó un método. ¿V qué tiene que ver un método con una lógica? Nada; lo que tiene que ver el modo de andar con el camino por donde se anda. Con el método de Bacon se puede hacer una buena inducción, pero jamás un excelente silogismo.

Se vé en Bacon el empeño de decalvar á Aristóteles, como hacían con los reyes los usurpadores godos para ocupar su trono. Para conseguir su objeto combate á Aristóteles bajo todas las formas, llamándole—«el tirano de las inteligencias.»—Prueba la esterilidad de su niño mimado el *silogismo*, esa especie de *tres y dos son cinco* de la dialéctica, que no haciendo sino recorrer las consecuencias de un principio *dado*, no añade nada en realidad á la suma de nuestros conocimientos. ¡Trabajo perdido! Después de todos sus ataques, Bacon se queda siendo un regular metodista, mientras que Aristóteles sigue gozando la reputación de un inmejorable lógico. Y tan inmejorable, que él es el padre y la madre de la lógica; él la ha engendrado y dado á luz sin obra y gracia de ningún otro espíritu, como no sea el Santo, y ningún otro rival ha podido añadirle ni quitarle nada; pues según la opinión de Kant, este otro Aristóteles moderno, «ha salido perfecto de sus manos.»

¿En qué consiste el método inductivo de Bacon? En la manera de pensar ménos entusiasta y más ramplona del mundo; en pasar de los hechos á las ideas; en ir á lo desconocido por lo conocido. Este método es tan antiguo como el hombre; y si ya científicamente lo empleó Aristóteles en su historia de los animales, no hay pensador, por animal que sea, que no se le ocurra recorrer lo que Bacon llama—«escala del entendimiento,»—que consiste en reunir el mayor número de hechos posible, y por medio de una escala ascendente subir al conocimiento de las causas y de sus leyes, y luego volver á bajar por orden inverso de las leyes generales á las aplicaciones particulares.

Bacon mismo dice—«que no se propone aclarar tal ó

cual paraje del templo, sino encender una gran antorcha, y con ella iluminar todo el edificio.»—

Realmente ha hecho Bacon á la ciencia moderna un servicio muy análogo al que prestó Sócrates á la filosofía griega. Más crítico que filósofo, su talento era más bien organizador que inventor. No fundó un sistema, prescribió un método. Sin ser un genio, es el representante de una reacción. Su experimentalismo desterró para siempre de este mundo las cavilosas de esa vieja parlanchina llamada filosofía escolástica, así como Sócrates, con su risa sentada, había herido de muerte las agudezas impertinentes de los sofistas.

Bacon escribió varias obras, entre las que se cuentan, *De la dignidad y del progreso de las ciencias*, y el *Nuevo órgano*, y en las cuales, más que la inventiva, reposa el sentido común. Su sentido común raya de cuando en cuando en inspiración, aunque esto sucede pocas veces. A pesar de que procura siempre no abandonar la experiencia y la observación, sin poder observarlo ni experimentarlo, dejando su método inductivo, procede por el *deductivo*, sentando ya resueltamente el famoso axioma hegeliano—«de que todo lo racional es real, y todo lo real es racional,» pues nos dice—«que la ciencia es imagen de la verdad; porque la verdad en la realidad de las cosas y la verdad en los conocimientos son una cosa misma, y sólo difieren entre sí como el rayo de luz directo y el rayo de luz reflejo.»—

Antes de dirigir la experiencia empieza por asignar cuatro causas al error. Si hubiera dicho cuatrocientas, de seguro hubiera andado más acertado. A las causas del error tiene la rareza de llamarlas *ídolos*, porque dice que la falsa filosofía es á manera de una *idolatría intelectual*, que tributa á la mentira el culto debido á la verdad. Primera idolatría.—*Idola tribus*, ó preocupaciones vulgares. Segunda.—*Idola specus*, ó preocupaciones individuales. Tercera.—

Idola fori, ó preocupaciones del trato comun. Cuarta.—*Idola theatri*, ó preocupaciones de enseñanza.

Para dirigir la experiencia propone varias maneras, como son:—*variacion*, es decir, variándolas; *produccion*, ó repitiéndolas; *traslacion*, pasándolas de un terreno á otro; *inversion*, hacer el experimento en hechos opuestos; *compulsion*, llevando el experimento hasta la extincion de la cualidad en el objeto; *aplicacion* del experimento á cosas útiles; *copulacion*, fecundacion de un experimento con otro; *azar*, evitando las experiencias vagas y sin objeto.

Yo no niego que todo esto sea verdad. Concedo hasta la utilidad de esta teoría mecánica de la experimentacion; pero yo jamás podré incluir en la categoría de los filósofos á esta clase de investigadores, que en sus venteos intelectuales tienen el mismo instinto que los perros del monte de San Bernardo, que sacan de los abismos á los viajeros extraviados. En esta parte no me halló de acuerdo con Dugald Stewart, cuando dice:—«Que no hay vez que Bacon toque un punto que se ligue con la filosofía del espíritu humano, que no se haga admirar al ver la exactitud de sus ideas sobre el verdadero objeto de esta ciencia.»—Los hechos á que se refiere Bacon son los sensibles, y no los psicológicos, como creía el jefe de la escuela escocesa. Bacon, el más abogado y más inglés de los filósofos, cree que el objeto de la vida es completar un proceso, y que el alma es una calumnia que han levantado al cuerpo.

Segun él, el entendimiento humano—«necesita plomo y alas para las investigaciones filosóficas.»—Él, sobre todo, se pasa mejor sin las alas que sin el plomo. ¿Para qué necesitaba alas un filósofo que empieza por asegurar—«que las causas finales son vírgenes consagradas al Señor, que no dan ningun fruto?»—Al contrario, plomo, y solamente plomo, se necesita para elevarse como Bacon á la consideracion de que—«todavía no ha habido una persona que haya tenido bastante fuerza y constancia para imponerse

la ley de *borrar* enteramente de su entendimiento las teorías y nociones comunes que habian entrado en él con el tiempo, y hacer de su alma una *tabla rasa*.»—¿Es posible que no haya habido ninguna persona que haya podido conseguir eso, ni aun Francisco Bacon, baron de Verulamio, este manufacturero de la ideología, que creía—«que las ideas que son *obra* del entendimiento están *mal formadas*, y que por consiguiente, es menester *formarlas de nuevo*, para adelantar en la investigacion de la verdad? ¿Nunca habrá podido renunciar completamente á su divina herencia del entendimiento *innato* el autor que estableció como principio—«que la actividad intelectual necesita las sensaciones como *materiales* para ejercer sus actos?»—Es lástima que Bacon no haya podido convertir su alma en una *tabla rasa*, pues de este modo tendríamos una nueva categoría que él mismo se ha olvidado de incluir en la tabla de sus varias maneras de dirigir la experiencia, viéndole caminar hácia la verdad en *cuatro piés*.

Y ahora nos preguntará el lector:—«¿En qué consiste que siendo el método de Bacon una cosa tan vulgar, ha concluido por alcanzar una boga tan inusitada?»—Porque el tiempo que, como dice un filósofo,—«es el sol que madura el fruto, y el génio no hace más que recojerle,»—ha venido á justificar su importancia práctica. Poco despues, ó casi al mismo tiempo que Bacon publicó sus escritos, que fueron recibidos por sus contemporáneos con la más absoluta indiferencia, empezaron á conmover cielos y tierra Copérnico en Prusia, cuyo sistema, segun expresion de Hume,—«miró Bacon con el más positivo desden;»—Ticobrahe en Suecia, Keplero en Alemania, Galileo en Italia, asombrando el mundo por el vuelo de su génio, lo atrevido de sus concepciones, la extension de sus descubrimientos y fecundando con el método que en honra de nuestro autor llamaron *baconiano*, las robustas inteligencias de Descartes, de Newton, de Leibnitz y de sus respectivas escuelas;

mientras que los viejos poderes literarios, políticos, religiosos y sociales, aturdidos por tanto ruido y deslumbrados por tanta luz, huían despavoridos batiéndose en retirada con mohosas armaduras contra la moderna artillería con que los batía en brecha ¡gloria á su causal! aquella tropa de Titanes.

¿Prevería Bacon el pasmoso éxito de su método al dejar dicho en su testamento—«lego mi memoria á la posteridad y á los siglos venideros?»—Imposible. Y si acaso Bacon tuvo la intuición de su gloria, ciertamente que tal clarividencia no la ha tenido por el método *inductivo*, es decir, pasando de la materia al espíritu, sino que le ha caído de alto abajo desde aquella cosa *innata* que Bacon no pudo nunca borrar de su alma á pesar de su método, y que es aquella corcilla con quien consultaba Sertorio, la ninfa Egeria que guiaba á Numa, el demonio de Sócrates, el génio de Platon, es el alma, el *yo*, la personalidad, en fin, que por un método completamente anti-baconiano ha sido creada por gracia de Dios y para gloria de los hombres.

ARTICULO XXVII.

Desde Alicante á Valencia. —Viaje de los reyes.

A bordo de la fragata Perla.

Son las dos de la tarde del veintiocho de Mayo de mil ochocientos cincuenta y ocho, y nos encontramos embarcados en la fragata *Perla*. A la izquierda se vé á Alicante con sus áridos alrededores *que dan sed*, y á la derecha se vé la escuadra que vá á conducir á la real familia á Valencia, y cuyos buques interrumpen agradablemente la monotonía de ese mar, que cuando le preguntaron al Cardenal de Borbon qué tal le parecia, contestó, describiéndole perfectamente: «lo que yo me habia figurado, *muchísima agua... mucha agua!*...» Efectivamente, el mar tiene demasiada agua para que no sea monótono. Y para sacar partido de esta monotonía escribiendo á Vds., seria menester tener la bizarra originalidad de nuestro colaborador y amigo Juan Valera, porque despues de embarcados, ¿qué es lo que veis alrededor de la *Perla*? A los lados agua, mucha agua;